

## EL RÍO META

### Central De Bocas de Upía a las del Casanare

(Continuación)

Por: **SERGIO CONVERS C.**

*Artículo del Boletín de la  
Sociedad Geográfica de Colombia  
Número 4, Volumen III  
1936*

**E**l Upía nace en medio de páramos, y precisamente de la bella y gran laguna de Tota. Corre en medio de los ramales de la cadena de los Andes hasta que llega al Llano con un gran volumen de aguas, recogidas desde los páramos de Gachaneque, Peña negra y Chapa, hasta los valles de Tenza y los páramos de Guasca y Chipazaque, las cuales son llevadas por los ríos Lengupá, Garagoa y Guavio, que se juntan todos al **Upía** poco antes de salir al Llano. A pesar de tener un volumen considerable de aguas que bajan con mucha fuerza, al llegar a la planicie se desparrama en varios puntos, por lo que desde luego no puede ofrecer, por ahora al menos, una navegación ventajosa, sino ya muy cerca de su desagüe en el **Meta**, esto es, por sólo unos cuatro miriámetros.

El **Túa** sale de un ramal de la gran cordillera, debajo de Chámeza, y en la sabana se le unen sucesivamente los ríos Hoyos, Guasqual, Marenao y Tacuya. El **Túa** sólo es navegable por 4 y medio miriámetros antes de perderse en el **Meta**.

El **Cusiana** lo forman los ríos Salina, Tonce, Sunce, Recetor, Toquilla o Vijúa, que abajo de Chámeza se reúnen en un sólo cuerpo con el nombre de Cusiana, el cual recibe después los ríos Caja y Sichiaca, al pie de la cordillera. Este río se abre en muchos brazos al entrar al Llano, los cuales se juntan con las aguas del Chitamene, que ya con un cauce más profundo y con el nombre de Cusiana, toma el rumbo al Este, y cerca de Mararave recibe las aguas del Santiago y del Unete, incorporado al Cáchiza. Este punto era el puerto de la antigua ciudad de Santiago, en donde, en 1761, existía un pueblo llamado Sabana alta. A poca distancia se le une el río Charte, que viene del mismo páramo de Toquilla, y siguiendo al Oriente describe una curva para llegar al Meta, ofreciendo 15 y medio miriámetros de navegación.

El Cravo lo forman los ríos Siamá, Sismusa, Chiachia, Situá o Sirguazá y Burisí, los cuales, reunidos forman el Labranzagrande. Abajo de la población de este nombre caen a éste los ríos Chiquito y Negro, y entra en el llano de la antigua Taguana con el nombre de Cravo, en donde a los 5 miriámetros se le mezclan las aguas del Tocaría (formado de las del Paya, Tocaría y Nunchía), que salen del páramo de Pisba, llevando el primero las aguas de dos

riachuelos llamados ríos Negros. Entonces, y en invierno, ya puede navegarse el Cravo, por 13,5 miriámetros, hasta el **Meta**; más en el verano pierde muchas aguas, y los bancos de arena dificultan su navegación, de modo que sólo pequeñas canoas pueden surcarlo.

El **Guanapalo** surge al respaldo del Tocaría (en Nunchía), formado por tres brazos: Cañas, Mato, Deshecho, que nacen en línea de colinas que señorean el cerro de Tacore. Pocos afluentes tiene en su curso de 20 miriámetros.

El **Pauto** sale del Páramo de Canoas, que recibe en el Llano el nombre de Pore, quedando a poca distancia de este pueblo el puerto de Naranjito, desde donde, en invierno, bajan hasta el Meta lanchas cargadas de cueros, con un recorrido de 19.5 miriámetros. Notable es este río por ser el único del Llano que de su origen a su boca, mantiene un mismo rumbo (al S. E., siendo la longitud total de su curso de 32.5 miriámetros).

El **Guachiría** nace en los cerros de Zamaricote, entre Támara y Moreno, formado por multitud de caños y quebradas; hacia la tercera parte de su curso recibe los caños Carupare, Canuare y Garza; y en el último tercio, el caño Chiquito, de largo cauce, y el Piñal.

El río **Casanare** tiene su origen en el páramo de Canoas y Chita; de los páramos de las Lajas y Rechinga nacen los ríos Chinibaque y Negro; y del cerro de la Guerra, los ríos Aguablanca, Nuevomundo y Curipa. Se halla ya el Casanare en las altas sabanas del Palmar, cuando se le une el río Lope, que sale de la Sierra Nevada. De un ramal de ella brotan también los ríos Purare, la Colorada y Tucuragua, los cuales en un sólo cuerpo se le presentan en las bajas sabanas cerca de la antigua misión de San Salvador del Puerto, a donde llegaban las lanchas procedentes de Angostura, cuando florecían las misiones de Betoyes, Macaguana, Tame, Matute y Purare. Esta navegación se hacía en 18 días a remo, la palanca y la sogá, siendo su distancia de 34 miriámetros. A 4 miriámetros abajo del puerto recibe el Casanare el Tame, que viene del mismo ramal de la Sierra Nevada.

Al Norte de Betoyes baja el río Cravo Norte, que en su cabecera llaman los indios Guasiná, el que a los 14 miriámetros de curso por sabanas desiertas se une al Ele, que se forma en el gran desbarranco de Sierra Nevada y recibe el Calafita de la misma Sierra, y de un ramal de ella los ríos Cusayo y Varbasco. Este río lo navegan las tribus de indios que viven en sus orillas y cae al **Casanare** casi en su desembocadura, al **Meta**.

El **Upía** aporta al **Meta** gran cantidad de aguas recogidas en una extensión de 62 miriámetros cuadrados. A partir de sus bocas, el Meta se ensancha más y más, empiezan a encontrarse islas más grandes y menos palizadas, pero sin que por esto desaparezcan los bancos de arena frecuentes en el Alto Meta. Su fondo es mayor, pero hay algunos puntos en que sólo tiene en verano alrededor de un metro, conservando constantemente una profundidad media de 3 a 4 metros hasta el pequeño caserío de Maquivor, distante de Cabuyaro 12,5 miriámetros. Estando Maquivor a 182 metros sobre el nivel del mar, la pendiente del río de allí a Cabuyaro sería de 88 milímetros por miriámetro. De Maquivor a la boca del Cravo hay que navegar 17.5 miriámetros; el río es más exployado, sus islas más extensas, sus bancos más grandes y pocas las palizadas; la anchura no baja de 400 metros, teniendo en algunas partes, a causa de las islas, de 1.000 hasta 1.600 metros; su profundidad es de 1.20 a 5.50 metros. Estando **estrozo** en la dirección general de los vientos, la fuerza de esto impide la bajada a las pequeñas canoas, pero auxilia la subida a

plena vela de estas mismas y de las lanchas grandes.<<

A las orillas del **Cravo**, a 1.5 miriámetros de la boca y en su barranca izquierda, está el pueblo de Guayabal, el mejor de los que se hallan cerca del **Meta**.

En la boca del **Cravo** ha recibido el **Meta** las aguas de 275 miriámetros cuadrados más, que le han conducido Cravo, Cusiana y Túa, por su orilla izquierda; al paso que por la orilla derecha el Yucabo y el Manacacias han llevado las de las sabanas desiertas que se extienden hacia el Sur, sin contar con una multitud de caños que desembocan por una y otra banda.

Siendo la altura de la boca del Cravo de 176 metros, la diferencia de nivel con Maquivor es de 6 metros y la pendiente correspondiente del río entre esos dos puntos sería de 52 milímetros por miriámetro.

De la boca del Cravo a la del Pauto hay 10.5 miriámetros. El Meta corre en dirección opuesta a la de los vientos alisios; sirve admirablemente a los buques de vela que lo remonten, excepto en una larga vuelta que se hace a la bolina. En este espacio hay menos bancos, pero los que hay son movibles, y abundan las islas que nunca cubren las aguas. El ancho del cauce se conserva hasta 2.000 metros y la profundidad de 1.50 a 6 metros. Suelen encontrarse aquí indios guahíbos de muy mal carácter.

El Pauto no se puede navegar en lanchas sino en invierno en el verano apenas se puede hacer uso de pequeñas curiaras.

En la boca de este río, el *Meta* ha aumentado ya con las aguas que caen en una superficie de 75 miriámetros cuadrados de serranías y sabanas que le han sido tributados por muchos caños y los ríos Guanapalo y Pauto. De la boca de este último a la del río Casanare hay 14 miriámetros de navegación, y excepto una vuelta mala, lo demás es fácil a causa de los vientos que soplan constantemente en el verano de las 9 o 10 de la mañana hasta las 3 o 4 de la tarde. En el invierno cesan estas brisas y son reemplazadas por calmas o vientos del O. ó del SO. más o menos fuertes, más o menos durables.

La boca del Casanare está a 114 metros de altura, lo que da para la pendiente del río entre ésta y la del Pauto, 64 milímetros por miriámetro. La anchura es de 600 a 2.000 metros. Contiene bastantes islas y bancos, y un fondo en las bajas aguas de 2 a 7.50 metros, y en las altas, de 11 metros. Es en este trayecto donde los indios **guahíbos y chiricoas** frecuentan las playas e islas. Tienen embarcaciones y con ellas suben y bajan los ríos que descienden de la cordillera, tales como el Guachiria, Ariporo, Aricaporo, Chire, Casanare y Ele.

Estas dos naciones nómades y numerosas, crueles y traidoras, son las que atacan a los transeúntes por agua o por tierra, cuando los encuentran descuidados. Es por esto que las sabanas de esta parte están aún desiertas y desconocidas.

Aquí ya el Meta se ha enriquecido con las aguas de 300 miriámetros cuadrados que le han conducido los mencionados ríos y el Lipa, procedentes todos de los páramos que están al Este de la Sierra Nevada de Chita, de ésta y de las llanuras que se extienden desde sus bases hasta el río, el cual, de la parte opuesta, recibe pocas aguas conducidas por diferentes

caños.

El río Casanare en tiempo de los misioneros se navegaba en lanchas para transportar a las misiones de los betoyes y tunebos los recursos indispensables para los padres, conservando hoy todavía el nombre de puerto San Salvador, el punto que a traviesa el río Casanare en el camino que de Moreno conduce a Arauca. La mejor época de navegarlo era el mes de octubre; más hoy día nadie se atreve a recorrerlo por temor a los indios. Bajo Meta. De Bocas del Casanare a las del Meta.

Se caracteriza esta parte del río por la carencia de afluentes de consideración; solamente recibe un río, el de los "Indios" o "Guayabal" por la margen izquierda, de cortísimo curso, y una treintena de caños, a uno y otro lado, relativamente insignificantes. La superficie recolectora de aguas apenas alcanza a unos 50 miriámetros cuadrados.

La navegación en este trayecto fuera sin peligro a no ser por los bajos de alguna extensión llamados Trapichito y Trapichóte, formados por arrecifes de rocas terciarias que atraviesan el fondo del río, de banda a banda, internándose en la tierra por ambos costados. En ellos hay puntos de sólo 40 a 50 centímetros de agua en verano, los que se podrían minar en lo fuerte de la estación seca para obtener mayor fondo. El ancho del río varía de 600 a 2.100 metros.

En el antiguo Apostadero, cerca de "Cerro Pelado", que antaño se tuvo como punto limítrofe con Venezuela, la altura es de 109 metros, lo que da para la pendiente 56 milímetros por miriámetro, a partir de la boca del Casanare. Desde el Apostadero hasta las bocas del Meta hay 25 miriámetros de buena navegación, si se exceptúa una vuelta mala, a causa de que no se recibe el viento favorablemente para subir el río, y también por las zonas arrecifosas de Parure y Caracara. La anchura del río es la misma y un poco mayor que la del trecho anterior; las islas menos frecuentes, pero más anchas, menores los playones y mayor el fondo, llegando a 15 metros en el verano, y a 48 en el invierno.

La parte izquierda de esta costa, perteneciente a Venezuela, no tiene indios feroces; los que hay son yaruros y otomacos, de buena índole; al paso que la orilla derecha está expuesta a ser visitada por las tribus errantes de los guahíbos y chiricoas, que vagan por las sabanas desiertas entre el Vichada, Orinoco y Meta.

La altura de la boca de este río en su desagüe en el Orinoco es de 95 metros sobre el nivel del mar, lo que daría una pendiente de 14 metros en 25 miriámetros, equivalentes a 56 milímetros por miriámetro.

Tenemos, pues, en estas nivelaciones, una prueba de la poca corriente del río, que casi sería nula, si no actuara la fuerza de las aguas que bajan de las grandes alturas; siendo así que en un curso de 80 miriámetros que tiene el Meta, desde Cabuyaro hasta el Orinoco, la diferencia de nivel sería de 98 metros, que darían por término medio poco más de 12 centímetros por kilómetro.

Las lanchas que viajaban a Ciudad Bolívar a mediados del siglo pasado aprovechaban el tiempo de mayo a noviembre, a causa de las crecientes y de los vientos. En el verano las lanchas que viajaban de las bocas del Pauto a Ciudad Bolívar gastaban 30 a 40 días, y en

invierno sólo- 13 a 15; la subida en verano se efectuaba en 20 o 30 días y en invierno de 60 a 90. De la boca del Pauto a Cabuyaro, en verano, gastaban para remontar, de 10 a 15 días, y en invierno de 20 a 30, mientras que en la bajada de Cabuyaro al Pauto pueden emplear en verano de 12 a 15 días, y en invierno de 8 a 10.

Tendremos, pues, que las lanchas de Cabuyaro a Ciudad Bolívar (176.5 miriámetros), emplearían en verano 42 a 45 días, y en invierno de 21 a 25; y que para remontar de Ciudad Bolívar a Cabuyaro, gastarían en verano de 30 a 45 días, y en invierno de 90 a 120 días.  
Rio Meta — Indios Salvajes.

Como se dijo atrás, no alcanzamos a ver una centena de indios a pesar de ser la época de sus pescas y de proveerse de huevos de tortuga. No hubo la menor muestra de hostilidad de parte de los que vimos, que hiciera recordar las historias y leyendas referentes a su carácter traicionero y agresivo, y a la numerosa de la población nómada.

De las relaciones de Codazzi, de mediados del siglo pasado, aparece que se estimaba en 25.000 la población de indígenas existentes entre los ríos Meta y Vichada, de 500 entre el Meta y el Muco y unos 700 en las márgenes del Yucao. Juzgaba el geógrafo que los más difíciles de reducir eran éstos de la banda derecha del Meta.

Lo reducido de la población actual, la miseria en que vive, la resignación con su vencimiento o carencia de belicosidad nos inclina a creer que es llegado el caso de hacer un máximo esfuerzo para reducirlos, por medios que, al par de humanitarios, sean de provecho más o menos inmediato para la nación.

Hoy podría aprovecharse para ello la construcción y conservación de la carretera colonizadora, como se me ocurre llamar a la que habrá de unir a Villavicencio con Puerto Carreño.

Al frente de los campamentos de construcción y conservación o anexos a ellos se puede colocar personal seleccionado, apto para la atracción de los indios a los trabajos de la carretera y de la agricultura y ganadería. Y al mismo tiempo- que se aprovechara tal obra— la carretera colonizadora—podría encomendarse a cuerpos de reclutas que prestaran allí su servicio militar, más que con el carácter de obligatorio—siempre repugnante para la mayoría de los conscriptos—con el de colonizador, halagado con quedar, al terminar el servicio, como propietario de pequeña parcela para dedicarse a la agricultura o a la ganadería. Al mismo tiempo los nuevos propietarios entrarían en mutua competencia para ganarse la buena voluntad de los indios y obtener su barata cooperación.

Al llegar a realizarse esos anhelos para unos cuantos de esos muchachos, seguramente los más fuertes, se formarían núcleos defensivos que impondrían respeto a los indios por su número y sus actuaciones.

La disciplina militar les enseñaría durante el corto tiempo de servicio a defenderse de las inclemencias del clima y a dar a su trabajo el máximo de rendimiento. La experiencia indica que siempre sería necesaria la intervención de inspectores que velarían especialmente por el bienestar de los indios.

Los indios encerrados entre las dos vías—fluvial y terrestre —que han llamado la atención

del gobierno, que se complementan en el turno de las estaciones, tendrían que rendirse pronto» a la evidencia de que mejoraban sus condiciones al lado de los blancos, sobre todo si las autoridades de una y otra vía llenan las condiciones expresadas atrás: ser aptos para la atracción de los indios, velando por su bienestar.

Podría completarse la obra de reducción, aprovechando la carretera y sus vehículos, induciéndolos con halagos a hacer uso de ellos y cambiarlos de residencia, llevándolos a las selvas cálidas del Tolima, la Costa, etc.

***Extracto de datos que da la Geografía del Dr. Felipe Pérez.***

**Guahibos.** —Entre el **Meta** y el Vichada está el mayor número de éstos. Son hábiles en la pesca, inclusive la del caimán, cuya carne la comen después de quitarle los intestinos, el almizcle y la cabeza. Confeccionan varias bebidas espirituosas no desagradables, una de ellas, sana y nutritiva, la obtienen de la palma de seje. Usan a guisa de rapé un polvo fuerte sacado de la acacia-ñopo, con el cual se emborrachan hasta ponerse furiosos. Es notable que los indios Tunebos, moradores de la falda oriental de las serranías nevadas de Chita, usen este mismo polvo al atravesar, casi desnudos, la serranía, como preventivo del constipado y del **chaurá** o mareo que suele acometer al atravesar las grandes alturas y planicies nevadas.

Los **guahibos** de uno y otro sexo andan desnudos con un pequeño delantal llamado guayuco, labrado de corteza de árbol, y se adornan con collares de vértebras de pescado, huesos de animales pequeños y dientes de caimán. Se pintan únicamente la cara de Colorado con la pasta llamada chica. Repugna a estas tribus la vida sedentaria; prefieren mover de una parte a otra sus aduares.

Los **catarros** de las riberas del Yucabo hablan un dialecto del idioma guahibo; son más diligentes e industriosos y construyen casas firmes para albergues. El más valiente de la tribu es elegido por votación popular jefe de la expedición de cacería o guerra que vaya a emprenderse, sólo por la duración de la empresa.

**Sálivas.** —Todos sus individuos son dóciles y mansos, adictos a la agricultura y fáciles de sujetar a la disciplina de las misiones. El indio de los llanos difiere del de los bosques tanto en idioma como en costumbres. El idioma de unos y otros abunda en términos atrevidos y animados; el de los primeros es más duro, conciso y riguroso; el de los segundos más suave y difuso. La lengua sáliva se compone de sonidos nasales; la de los Guahibos y Chiricoas se distingue por lo muy veloz de la pronunciación. Los Sálivas son muy aficionados a la música; los jesuitas cultivaron con muy buen suceso esta afición.

Sea por razón de higiene o de vanidad, todos gustan pintar se el cuerpo de colorado con el tinte que ellos llaman **chiraviri**, extraído de la bignonia chica, planta trepadora. Consideran el uso de pintarse como cosa tan indispensable que tanto los hombres como las mujeres se avergozarían más de presentarse sin pintura que sin guayuco; los cuales lo usan más ancho los hombres que las mujeres.

Las defunciones de los indios de distinción ofrecen oportunidad para observar lo que hay de más notable y particular en esta nación: levantan un túmulo en medio del cuarto donde

muere el personaje; postes pintados de diversos colores simbolizan la tristeza y el dolor; la viuda sin ningún adorno ni color está constantemente sentada junto al cadáver. Cada visitante que llega llora amargamente antes de entrar, en tanto que las voces lastimeras de los de adentro responden a los de afuera. Poco después asumen un aire risueño, beben y bailan de manera harto singular al son de instrumentos fúnebres que producen una música triste y a veces bronca y espantosa. Por tres días se entregan a un ejercicio muy violento, empleándolos en bailar, cantar y beber sin término. Pasados estos días tumultuosos, los convidados marchan en procesión hacia el río al cual arrojan el féretro, el que contiene, además del cadáver, todo lo que pertenecía al difunto. Hecho esto toma un baño el acompañamiento y cada cual se retira a su respectiva casa.

Están divididos en tribus y tienen capitanes y caciques que mandan sobre cierto número de aquellos, cuyo cargo es hereditario.

**Achaguas.** —Hay como 500 en las riberas del Muco, algo consagrados a la agricultura, pero con mayor afición a la pesca y a la caza. Aunque labran sementeras no hacen vida sedentaria sino errante. Observan el singular uso de adjudicarse los hermanos una sola mujer, haciendo vida común, lo que se atribuye a la escasez de muchachas casaderas en razón á que las madres suelen destruir la prole femenina para no ver sufrir a sus hijas la dura esclavitud a que estos bárbaros reducen a la mujer.

**Chucunas.** —Muchos de éstos poblaron las misiones del **Meta**, son trabajadores y afables. Hoy están retirados en las riberas de los ríos Manacacias y Vichada. Calculase que por todos serán 1.600. Gobiernanse por medio de capitanes.

**Yaruros.** —Los restos de esta nación se hallan entre el Capanaparo y el Meta, en tribus esparcidas en las sabanas y orillas de los ríos. Actualmente están reducidos a pocas familias; son famosos por su destreza en cazar los jaguares. Hablan la lengua **betoya** y como los otomacos, trabajan en común, reconociendo, por consiguiente, la comunidad de bienes. Los jefes son los que disponen los trabajos del campo, las pesquerías y cacerías, siendo también los que dividen el producto entre todos.

Codazzi, quien se halló en el Guaviare en la época favorable de la pesca de **terecay**, a la cual concurren casi todos los indios del interior, y que, además, obtuvo datos de dos negros que vivieron varios años entre los indios recorriendo sabanas y ríos, dedujo que no pasaba de 1.700 el número de indios que habitan en la inmensa región cuajada de selvas y extensas praderías que miden 1.833 miriámetros cuadrados.

